

Entrevista de Antonio Rafael de la Cova con Ernesto de la Fe Pérez, el 10 de abril de 1990, en Miami, Florida.

Vamos a empezar hablando de los sucesos del 10 de marzo. ¿Dónde te encontrabas y qué ocurre en la universidad?

Claro, yo no fui uno de los autores del 10 de marzo. Yo llegué a Columbia como periodista en compañía de **Luis Ortega**, un periodista prominente, y salí de Ministro de Información, lo cual cito en mi libro que pronto habrá de salir, titulado *Prohibido pensar*. Con relación a la universidad, sí quiero decir que a mí me preocupaba extraordinariamente lo que pudiese ocurrir en la universidad porque sabíamos lo que eso significaría en caso de haber un choque entre las fuerzas públicas y la universidad. De esa preocupación estaban imbuidos varios ministros, entre ellos **Rivero Agüero**. Había inquietud en aquello porque los estudiantes, con algunos grupos revolucionarios, entre ellos el capitaneado por **Rolando Masferrer**, se habían refugiado en la universidad. Batista, que ya tenía una gran experiencia de gobierno, había mandado a tender un cordón alrededor de la universidad, que cogía la calle Infanta. Así pasaron varios días. El último día, porque en eso servimos a la solución, yo con un amigo, **Máximo Sorondo**, que estudiaba derecho en la universidad, llegamos hasta la universidad. Al romper el cordón, un comandante de la policía nos dijo que tenía órdenes del brigadier Salas Cañizares que nadie pasara. Le dije que el brigadier era un agente de la autoridad y nosotros en ese momento constituíamos la autoridad en sí. “Así es que mande a apartar eso que mi máquina va a seguir adelante.” El hombre comprendió, pasamos, y todo aquello parecía desierto. No se veía un alma, había oscuridad en la universidad. Yo parquee el auto frente a la escalinata y empecé a subir. Casi a la mitad, salieron dos o tres estudiantes gritando: “Es el ministro Ernesto de la Fe.” Yo, a mi vez, levanté la voz y le dije que no era el ministro, que era un hombre que quería a la universidad tanto como ellos y que venía a hablar con ellos. Les expliqué que la autonomía universitaria había costado mucho al estudiantado, inclusive sangre, y que era un error por unos grupos de llamados revolucionarios y además por un gobierno que no había sabido sostenerse, que ellos fueran a arriesgar sus vidas, cuando para nosotros la vida de ellos era preciosa y quizás algún día hiciesen falta para los eventos que se presentasen de mayor trascendencia. Que yo quería una solución, al igual que el ministro **Rivero Agüero**, **Ramón Hermida**, **Enrique Saladrigas**, en fin, que la república entera había aceptado con simpatía el llamado golpe del 10 de marzo, el madrugonazo. Cuando estaba yo más entusiasmado explicando la situación, una muchacha salió y dijo: “está bueno de seguir oyendo a ese h.p.” Yo me sonreí y les dije, “dejen a la jovencita que hable el lenguaje a que está acostumbrada, ¿quiere decir algo más?” La muchacha comprendió su exabrupto, se calló, y siguió el diálogo con los estudiantes. En conclusión, estuvimos como una hora y pico, y les dije que iba en busca de soluciones. Vamos a mandar a retirar la fuerza pública para que ustedes retornen a su casa. Ellos no me dijeron que sí. Terminó aquello con una despedida cordial. Cuando llego a la calle Infanta, allí estaba el brigadier **Salas Cañizares**, como siempre sudoroso, inquieto, intrépido, él era un hombre valiente. Yo creo que si el primero de enero Salas Cañizares está en La Habana, la gente de Castro no entran en La Habana porque él era un hombre de pelea. Lamentablemente con él siempre me tocó tener incidentes, pero yo admiraba su manera de ser. Tuve un incidente delante de Batista con él. Me dijo un poco exaltado, “ministro, ¿sabe que estábamos a punto de ordenar la toma de la universidad? porque creí que lo habían matado o secuestrado.” Yo no quise discutir

eso y le dije, “aquí estoy, parece que se va a solucionar esto.” Entonces me dice, “El presidente le está esperando el palacio.” Llegué a palacio, subí al salón del consejo de ministros, estaban de pie varios ministros en distintos grupos, y el mayor número de ellos hablando con el presidente. El me vio y dijo, “¿Qué has hecho Ernesto? Pudieron haberte matado. Eso era una locura.” Le dije, “Bueno, presidente, es una locura, pero si usted respalda lo que yo he planteado, yo creo que ese problema está resuelto.” Entonces le expliqué el asunto. Quizá estaba interiormente irritado, pero **Batista** se controlaba mucho. Conmigo siempre fue cordial. Al día siguiente se había despejado todo aquello. Batista había mandado a retirar la tropa, porque Batista era un hombre que odiaba la sangre. Toda esa cosa que le han dado y demás, era todo lo contrario. Después **Enrique de la Osa** publicó que el estudiantado me rechazó en pleno. No vale la pena ni hablar de él, pero todavía vive. Le dije a **Miguel Quevedo**, “el día que me lo encuentre por ahí se va a comer el papel de lo que publicó, porque todo eso es mentira.” Luego me lo encontré en la Asociación de Reporters y le dije, “me alegro haberte encontrado, porque te vas a comer lo que publicastes.” Cogí un papel allí de baño, porque no había otra cosa, y le dije: “te lo comes.” Empezó a masticar y en ese momento entró un reporter muy amigo mío, **Juan Luis Bonich**, que le decían *Cabeza de bote*, y me dijo, “¿Qué estás haciendo?” Lo que este hombre hizo en un momento dado, así se ha hecho mucho daño a Cuba, y eso tiene que pagarlo. Lo escrito permanece. **Pardo Llada** ha publicado en su libro *Fidel, El Ché y yo*, una mentira de un favor que le fuí a hacer, y yo le mandé el recado.

Después de aquello vino el “entierro de la constitución.” Los elementos que se metieron en la universidad exaltaron los ánimos de los estudiantes, que no era muy difícil, frente al golpetazo del 10 de marzo. Estuvieron agitando los comunistas y algunos priístas. Yo reuní a todos los radioemisores en palacio, yo expliqué que el primer deber de un gobierno era mantener el orden, y que el gobierno que no pudiese mantener el orden no tenía derecho a gobernar. Le dije que se estaba manipulando al estudiantado para provocar un muerto.

Vamos ahora a entrar en la etapa de cuando te enteras de lo del ataque Moncada. Me dijiste previamente que fuiste la primera persona que se entera que hay algo.

Recuerdo que uno de mis amigos que trabajaba en el ministerio me pidió una audiencia para informarme de algo que él entendía que era muy importante. Inmediatamente lo recibí. Me dijo que había un muchacho que era conocido de él, un tipo bajito, joven, que le había informado que se iba a producir una agresión en Santiago de Cuba al cuartel Moncada. Yo entonces estaba muy ocupado en otras cosas y sin concederle mucha importancia, más bien por atención al amigo, le dije a mi amigo que investigara el asunto.

Pero sí te dijo efectivamente el cuartel Moncada.

Sí, el cuartel Moncada me lo precisa. Como siempre hay elementos de grupos deseosos de producir un hecho de atacar o de distinguirse, posiblemente no pase de eso. El me dijo que el muchacho no tenía recursos y tenía que volver a Oriente. Yo le dije, “¿Tú crees que con \$200 le baste para ir y buscar información?” Me dijo, “Sí, como no, le va a sobrar.” Llamé al secretario mío y le dije que se lo entregaran a fulano. Mi ministerio no era para dedicarse a esas cosas pero entendía que tenía importancia y valía la pena que fuera a investigarlo, y se fue el muchacho.

¿El muchacho era de Santiago de Cuba?

No sé, no puedo precisarlo, porque yo nunca veo al muchacho, ni me entiendo con él. Me parecía que yo no podía ir a esa cosa y además cuando mi posición de ministro no era la de un cuerpo de investigación. Tengo entendido que el muchacho fue, volvió, y trajo información.

¿El va entonces a Santiago de Cuba?

El va a Santiago de Cuba y vuelve, sí. Entonces es cuando le dice a mi amigo que efectivamente se va a producir, se ha tramado una agresión al cuartel Moncada y que él fue citado. Porque parece que estaba dentro del grupo. Pero en ningún momento, en honor a la verdad, él precisa que Fidel sea el dirigente de aquello. Quizá Fidel se cuidó mucho para que su nombre no sobresaliera. El muchacho regresa y dice que cuando llegó a la casa donde había sido citado para la reunión no había nadie. Parece que llega tarde, pero encuentra uniformes del ejército y lo reporta. A mí ya eso me pareció más serio.

¿Encontró algún arma?

No, arma no había.

¿Y no sabe si lo citaron a una residencia?

Era una residencia, parece. Una casona grande de Santiago de Cuba. Entonces yo le digo a mi amigo que personalmente él vaya. A mí no me pareció eso muy fiable, y en honor a la verdad me falló un poco la intuición, que si yo hubiera considerado que tenía una relevancia, me hubiera entrevistado con el propio presidente para que él hubiera impuesto desde arriba una serie de cosas. Pero mandé al amigo mío que fuese a hablar con uno de los jefes del SIM y le explicará esa cosa, y que además, que lo que procedía en ese momento era informar al jefe del regimiento, **del Río Chaviano**, de la anomalía que podía producirse. No sé si después, o antes, supe que así lo hicieron, pero que el propio Chaviano no le concedió mucha importancia al asunto. Creo que era día de carnavales, y fue a una de esas pachangas. El está muerto, y no quiero calificar estas cuestiones. Por gente amiga, vinculada a nosotros independientemente del gobierno, yo sí me enteré de la conducta poco militar y nada correcta de Chaviano contra los vencidos. Y si fue cierto, que fue muy criticable y condenable que se hubiese atacado a enfermos del hospital militar por los asaltantes, también igualmente era condenable y no sé si más todavía, porque la autoridad tiene que ser más cuidadosa, que hubiese producido la muerte de gente entregada, vencida ya. O sea, faltaba a todo reglamento que funciona en la guerra en todos los lugares. Eso hizo que cuando yo me informase de eso, que yo mismo le dijese al presidente **Batista** el mismo día, “Presidente, yo creo que hay que hacer un consejo sumarísimo al general Chaviano. En primer lugar, por incumplimiento del deber, por abandono de la posta, la dejó expuesta a que fuese tomada por los asaltantes.” Entonces Batista, con ese sentido que tenía él de la autoridad, parándose en seco, creo que estábamos atravesando el polígono de Columbia, me dijo, algo paternalista, quizá porque yo era el ministro más joven: “Mira, Ernesto, ocúpate de tu ministerio, que de esto yo sé bastante.” Yo le planteé la renuncia, no me la aceptó, y a los pocos días me invitó a un almuerzo. Frente a una situación de anomalía al orden público, que no sabíamos hasta donde alcanzaba y las raíces que tenía, pues lógicamente se suspendieron las garantías, cosa que hace cualquier gobierno en el mundo cuando tiene un hecho así que no tiene una visión completa de lo que se está produciendo. Allí hubo unas situaciones muy especiales en el hecho de la censura durante tres meses, para evitar que a través de una serie de informaciones, los que estaban en la sombra pudiesen echarle combustible al fuego y crear una situación mayor. El día del periodista, que era el 24 de octubre en Cuba, ese mismo día Batista levantó la censura. Yo fui en nombre de Batista al Colegio de Periodistas, donde estaba de decano el comunista **Jorge Quintana**, y le cayó mal que yo estuviese allí celebrando la restitución de las garantías.

Ese muchacho era amigo del que trabajaba contigo en el ministerio.

Parece que tenía cierta amistad, y lo llevó a eso. Parece que cuando él vio como se trataba

el asunto, cogió miedo o le pareció que no era correcto. No sé por qué acude a mi amigo, porque en definitiva él no cobró una confidencia. Lo que pidió fue dinero para ir y volver, que no tenía, y eso fue lo que se le dio. Después no supe más de él. Mi amigo no me habló más de él, y el muchacho quedó en el anonimato.

*¿Qué sucedió después que **Fidel Castro** le hace el atentado a Masferrer y va a esconderse a tu casa?*

En la noche de los hechos se apareció en mi casa de Nicanor del Campo en Almendares, nuestro delegado en la universidad, **Enrique Collazo**, nieto del coronel Collazo, famoso de la Guerra de Independencia. Me dice: “Fidel está en la escalera y quiere, pero le ha dado pena entrar.” Le dije: “que suba, que pase.” Me añade Collazo: “Creo que ha tenido un problema con **Rolando Masferrer**.” Como Masferrer y yo no nos podíamos ver, porque hubo un planteamiento de duelo por mi parte que Masferrer no había aceptado porque dijo que él era marxista y los marxistas no se batían. Si quería, que le entrara a tiros cuando lo viera, o algo así. Yo no tenía esa intimidad con Fidel. Lo conocía porque él había empezado a ir a las oficinas de la ATOM y se ponía a hablar con **Sorondo**, y con **Carlos Gelaber**, que le decían *El Cumplido*. Fidel me dice: “Lo que me ha pasado es esto. He tenido un incidente con Rolando Masferrer y lo que quiero es que me permitas pasarme aquí hasta mañana o pasado.” Le dije, “Sí, hombre, como no. Aquí hay una habitación grande.” Entonces, una cosa muy curiosa, él empieza a ver aquello, y prefiere quedarse en la cocina. Estamos hablando de un tercer piso de un edificio. Me sorprende aquello y le digo: “¿Cómo vas a dormir en la cocina? Eso no tiene sentido, ve al cuarto.” Me quedé pensando por qué ha preferido la cocina y era porque la cocina daba a un balconcito, y en el balconcito yo tenía puesto, con mucho sentido, unas tablas grandes, que en un momento dado las dejaba caer en la azotea del otro edificio, y era un puente para irse. Parece que él lo vio, buscando la salida, como ha pensado siempre. Por eso no lo han matado.

Tú habías puesto esas tablas ahí con el mismo propósito, y él te lo adivinó.

Exactamente. El vio aquello y pensó, aquí cuando la policía suba, o pase algo, por aquí soy el primero que se va. Fidel no es un tipo común y corriente.

¿Qué te dijo del atentado y cómo ocurrió?

Yo le hablé muy poco. Como yo tenía una cantidad de elementos jóvenes y gente de condiciones, como **Calixto Sánchez White**, más que Fidel, que se había pegado allí e iba de vez en cuando. A la noche siguiente, cuando llego a la casa, yo había dejado a **Marcelino Sierra**, un sargento que había sido escolta de Batista y hermano del coronel Sierra, jefe de la guardia de palacio que se bate con todos los asaltantes de **Menelao Mora**. Marcelino después vuelve en la segunda vuelta con Batista y llega a capitán del ejército. Era un tipo muy valiente, muy valioso, muy leal, y le dije que se quedara cuidando a Fidel. Le dejo a Fidel una ametralladora Thompson para que tuviese más tranquilidad pensando en si **Masferrer** tenía la audacia, aunque yo tenía la idea de que allí no llegaba a subir eso. Hablo de esto porque hay un libro de **Carlos Franqui** de la revolución, que cita este hecho, de manera distinta como fue, y por eso vale la pena aclararlo. Esa noche cuando llego a la casa, veo a Fidel y me dice: “Ernesto, quisiera que me hicieras un favor, mandar a alguien que trajera a mi hermana Lidia, que quiero hablar con ella.” Le dije: “yo mismo,” bajé, le dije a **Máximo** y a este muchacho que vinieran conmigo. Llegamos allí, pero yo no sabía que Masferrer vivía en la esquina de 17 y 12 en el Vedado, allí al lado de Lidia. Ella estuvo en mi casa hablando con Fidel hablando como una hora y pico, y como a las once de la noche le dije que yo la llevaba a su casa. Pero cuando regreso, yo siempre estaba acostumbrado a

aquellos tiempos, que eran muy especiales, y de adonde quiera le salía la muerte a uno, y veo que al entrar por la avenida Nicanor del Campo me viene siguiendo un carro. Lo observo bien y me doy cuenta que es el Lincoln Zephyr que tenía en aquella época **Rolando Masferrer**. Cuando estoy llegando a la casa, freno de pronto y le gritó a mis amigos, “salgan, que van a tirar.” El carro nos pasa por al lado, como a veinte metros se atraviesa, llegando casi a la otra esquina de la calle. Ya nos hemos tirado nosotros arma en mano y desde el carro nos disparan una ráfaga. En honor a la verdad, **Máximo** muy valientemente avanza por su lado y yo por el otro, se arma el tiro y la máquina huye. Hace dos años, yendo al cementerio, cuando se conmemoraba la muerte de Masferrer, a mi me dijo **Sergio Poo**, que él iba en el carro y que Rolando dio la orden que no tiraran a matar. No se si fue verdad o no, pero debo creerlo. Hicieron dos o tres ráfagas y nosotros pensamos que estaban tirando a matar y salimos a defendernos. Yo siempre he sido visceralmente opuesto a todo tipo de atentados. Es más, yo he tenido varios duelos, que por cualquier ofensa he mandado padrinos. Hasta con **Carbó** tuve un incidente a espadachín. Después que se produce el hecho aquel, cuando voy subiendo la escalera, me pregunto, ¿todo esto por qué? ¿Por este hombre? Recuerdo que él se sentaba, cuando yo hablaba en la COCO, y después yo mismo en la máquina lo dejaba cerca de la casa de su novia. Me enteré que después hizo lo mismo con **Chibás**. Parecía que era un joven que quería aprender, para evitar los errores de los demás, y llegar a su destino. Subí, colérico, y cuando llegué a la puerta, Fidel estaba recostado con la ametralladora Thompson en la mano y me dijo: “¿Qué pasó Ernesto?” Yo lo miré y le dije: “No pasó nada Fidel.” Se lo dije más bien diciendo, si yo me he buscado esto por ti, y he estado a punto de morir por ti, que tu no hubieras bajado a prestar una ayuda que quizás hubiera sido decisiva. Entonces me metí en mi habitación como media hora, y Fidel se quedó hablando con **Sorondo** y *El Cumplido*. Al poco rato me tocan la puerta y es Fidel. “¿Qué quieres?” “Me quiero ir.” “¿Cómo que te quieres ir? No ves que aquí hemos intercambiado más de setenta y pico de disparos y no ha venido la policía, aquí estás más seguro que en ningún lugar.” “Ernesto, me quiero ir.” Entonces cogí tres peines de una 45 y mandé a **Gelaber** a sacar el carro del garaje. Nos montamos con Fidel y le pregunté a dónde quería ir. “Coge para la copa,” un lugar que está en la Quinta Avenida de Miramar y la calle 42, donde desemboca la calle Nicanor del Campo. Una o dos cuadras después me pidió que lo dejara por allí. Durante todo el viaje no cruzamos palabras. Paré y se metió por unos árboles entre la sombra y no lo volví a ver más hasta la huelga en presidio. Yo desde el cuarto piso de presidio le grité, “Fidel, eres un traidor.” El miró, porque no podía distinguir, y dije: “es fulano de tal.” El siguió hablando y después no tomó ninguna represalia. Yo había sido secretario general de la Confederación Interamericana de Defensa del Continente, que unía a todos los movimientos anticomunistas del continente en ese organismo. Parece que Fidel nunca estuvo empeñado en liquidarme, frente al **Che** que sí hizo lo increíble por matarme y hasta me acusó de un atentado que yo le preparaba a Fidel, que no era verdad. Tuve que pagar 15 años, de todas maneras.

¿Qué representaban las siglas de la ATOM?

Acción y Trabajo por un Orden Mejor. No recuerdo exactamente el año que se funda, pero ya era después de la Segunda Guerra Mundial. Como rezago de esa guerra, comenzaron una serie de grupos a manifestarse públicamente, y todos se titulaban revolucionarios. Quizás por el contacto que tuve con todos ellos, podía decir que todo ese elemento estaba bien inspirado. Estaba **Carlos Duque Estrada**, que había escrito el libro *El penado*, había estado preso en Isla de Pinos, que más tarde murió asfixiado en un yate en un puerto del sur de la Florida. Estaba

Orlando León Lemus, *El Colorado*, un tal *Manzanillo*, y vino retirado de la Segunda Guerra Mundial **Emilio Tro**. Recuerdo a **Jesús Dieguez**, **Pepe de Jesús Jinjume**, **Cucú Hernández**, que estuvo trabajando de segundo jefe de la policía secreta de Cuba, **Eufemio Fernández**, **Vidal Morales**, **Mario Salabarría**. Antes de eso estuvo **Ramiro Valdés Daussá**, un elemento íntegro que trató de reorganizar la universidad y acabar las luchas intestinas. Aquella gente tuvo una actitud elevada, patriótica si se quiere, pero en su mayoría eran lo que se pudiera llamar rebeldes sin causa. Entre ese elemento más tarde apareció Fidel Castro, que quizás dentro de todos esos grupos, era el que más sabía qué quería y a donde iba. Era un patriotismo muy especial, porque en nombre de la patria se empezaban a cometer crímenes. Primero se iniciaron con los porristas de Machado. Una cosa muy similar a la que relata **Simone de Bouvoir** en su libro *Los mandarines*, que cuando termina la guerra, todo el elemento que trabajó en el *underground* trataban de eliminar a una partida de pro-nazis que se habían ido para el campo. Esos grupos empezaron con una conducta que en cierto modo era para respetar, fueron lamentablemente degenerando. Entonces se puso de moda en Cuba tener una cabellera al cinto, como los pieles rojas, todo eso les daba la fuerza para empujar la puerta de un despacho ministerial y exigir de un ministro tembloroso. Frente a esa descomposición que estaba ocurriendo en Cuba fue cuando yo dije, “aquí hay una serie de elementos muy buenos que se reúnen conmigo y tienen una manera distinta de ver el panorama cubano, y con eso se pudiera integrar una organización con vocación de poder. Entonces es que surge Acción y Trabajo por un Orden Mejor. Nosotros teníamos un manifiesto nacionalista, y el punto número uno era el respeto a la vida humana. Se creó el movimiento y se nutrió de mucho elemento universitario, de algunos militares, pero elementos que tenían otra concepción distinta. En toda esa etapa nosotros sufrimos persecución de los gobiernos. Todo aquello vino a hacer crisis en una conspiración integrada por civiles y militares que se llamó **La conspiración de la capa negra**. El movimiento ATOM estaba bien definido, con un manifiesto que se había distribuido profusamente por toda Cuba, que ponía primero ATOM, y después como una explosión atómica, contra todos los enemigos de la nacionalidad.

¿Ese era el lema de ustedes?

No en sí era un lema. Era uno de los puntos que se había cogido en aquella propaganda que tuvo más efecto. Entonces poníamos: Acción y Trabajo se opone y combate: al comunismo; a los monopolios; al entreguismo extranjero, y una serie de cosas así. Y defiende y propugna tales puntos. Habían veinte puntos de un lado y del otro. Eran los puntos esenciales donde descansaban el movimiento aquel. Tenía un consejo supremo integrado por un grupo de hombres que no pasaba de diez, y después las distintas secciones de trabajo dentro del organismo. Sobre todo, trabajamos mucho en la cosa de la propaganda. Una serie de fuerzas ocultas que se opusieron, como el movimiento salió con pujanza, con una presencia de fuerza para hacerse respetar, sobre todo de los que nosotros calificábamos tira-tiros, o come-candela.

¿Antes de fundar ese grupo, estuviste en algún otro grupo?

Estuve en el ABC, en el ramal de **Alfredo Botet**. La ATOM fue un movimiento que pudo haber llegado a mucho. Hubo un momento en que quisimos rescatar a todo el llamado elemento revolucionario e integrarlo en una conducta política con fines de poder. Llamamos a todos, entre ellos a **Mario Salabarría**, que en aquella época no podía considerarse amigo nuestro. Después hablamos en prisión que si aquel llamamiento se hubiese aceptado, se hubiera ahorrado mucha sangre en Cuba.

Cuando la conspiración de la capa negra, el gobierno de Grau los persiguió a ustedes,

pero ese mismo gobierno era el que, a través de Alemán, tenía a todos los grupos bajo sinecuras.

Sí. Cuando la capa negra, yo soy condenado a tres años como el cabecilla. Me reuní en el casino español con dos figuras, hoy prominentes en el exilio, que me traían un mensaje de importancia. De nuestra parte estaba **Luis Humberto Vidaña, Octavio Hernández, Luis M. Busquet**, que aunque fue anarquista, era un gran pensador. Me dijeron: “te traemos un cubierto para el banquete. Hay un hombre que tiene interés en ser tu amigo, **José Manuel Alemán**. El sabe que tú has tenido grandes, gastos, grandes problemas en la conspiración de la capa negra, y para empezar su amistad te traemos \$50,000.” Yo había tenido que vender un terreno en El Vedado para pagar la fianza de los que habíamos salido de la capa negra, gracias a **Ramón Zaydín**, que fue el que llevó el caso al supremo. La conspiración de la capa negra la bautizó el director de *Mañana*, **Vilaboy**.

¿En eso no estuvo Pedraza acusado?

No él estuvo en la conspiración del cepillo de dientes. Quien estuvo en las dos conspiraciones, y en otra más, fue **Vilaboy**. Se metió en la nuestra y cuando vio que la cosa iba en serio, para quitarle importancia buscaba, por ejemplo, que a **Pedraza** le encontraron un cepillo de dientes, como la única arma que le ocuparon, y Vilaboy sacó en su periódico que se le podía llamar la conspiración del cepillo de dientes. La mía tiene una historia más interesante.

¿El propósito de ustedes era darle un golpe al gobierno de Grau?

Sí. Nosotros entendíamos que **Grau** había cogido un camino distinto, que había un grado de corrupción, que el pueblo no quería ver y estaba enamorado con el pollito¹ que hacía Grau, esa manera cantinfleza de hablar, que no decía nada y confundía a la gente, pero la gente sentía un placer enorme y lo aplaudía con delirio. No daba la mano derecha porque la tenía enferma de popularidad. Grau era un personaje que hubiera podido ser cómico si en el fondo no hubiese sido muy resentido y casi siniestro. Un día iba yo por la calle Calzada en el Vedado manejando mi carro solo. Me pasa un carro por el lado a toda velocidad, me hace seña, y veo a **Emilio Tro** al timón, a **Pepe Jesús Jinjaume**, y otro más. Tro era un muchacho simpático y muy efusivo. Decían que tenía psicosis de guerra, pero en el fondo se veía que era un muchacho de buena cepa. El se había reunido con una serie de gente que para coger nombre al lado de él, iniciaron la época del gatillo alegre. Paro el carro y viene Tro y me dice: “ayer tuvimos una entrevista con Grau, y hubo una referencia a ti y al general **Benítez**.” A pesar de que Benítez después habla maravillas de Grau. “¿Tú sabes lo que me dijo el presidente? Es tremendo H. P. Nos llamó y nos dijo, ya está bueno eso de seguir matando porristas, ya eso pasó. Hay gente que hoy hacen más daño. Por ahí se pasea tranquilamente por las calles de La Habana Ernesto de la Fe, el general Benítez...” que después entraba casi a diario en palacio y Grau se reía mucho con las cosas de Benítez. “Prácticamente nos insinuó que debíamos eliminarte.” Jinjaume, que está en Caracas, puede testificar esto. Los demás están muertos. El caso del cubano es muy curioso. En el fondo de casi todos los cubanos hay un golpista. Un hombre que se siente un caudillo, pero sus limitaciones lo mantienen así.

¿José Luis Tasende fue miembro de ATOM?

El fue en los inicios, pero estuvo poco tiempo. Habían muchos elementos jóvenes que no habían sido educados lo suficientemente para entender que el respeto a la vida humana es mucho más que una aspiración. Cuando veían que no había el camino ese, porque yo planteé que si

¹ El “pollito” de Grau era un gesto con las manos, en el que frecuentemente tocaban las puntas de los dedos.

había alguien que atentase contra un semejante, yo en persona lo iba a buscar y lo entregaba a las autoridades. Que eso no era el momento. Además, toda esa etapa guarachera que había de atentados y “la justicia tarda, pero llega,” eso pasaba de moda y serían una serie de gente con crímenes de elementos infelices.

¿A gente del grupo de ustedes les hicieron atentados?

No. Nosotros hicimos circular que el día que atentaran contra uno de los nuestros, debajo de la cama lo sacábamos si era necesario. Además de un poco de mano izquierda, evitó que viniese un encuentro de esos lamentables, que no servía para Cuba ni para nadie. **Tasende** era un muchacho de acción, era un muchacho valioso. Como **Calixto Sánchez White**, ellos pensaban que precipitando una situación de acción podía tomarse el poder. Tenían una concepción muy *sui generis* de lo que es el poder y de como puede de verdad hacerse un golpe de estado. El libro de **Curzio Malaparte** llenó la cabeza de nuestra época con su técnica del golpe de estado.

¿Entonces Tasende abogaba por el golpe de estado para llegar al poder?

Sí. En aquella época al joven sólo había que ofrecerle acción. Cualquier acción, por disparatada que fuera, como llenar de aceite el Malecón cuando las carreras de Fangio.

¿Cuál es el fin de ATOM, que sucede?

El fin de ATOM era el poder.

¿Cuándo es que la organización se desbanda?

Después que abandonamos la cárcel, yo empecé a ver las cosas de otra manera y el grupo prácticamente desaparece por inanición. Ya más tarde viene el 10 de marzo. Yo voy a Columbia como enviado especial del periódico *Prensa Libre*, y Batista ofreció una fuente de trabajo para los periodistas, lo cual era el Ministerio de Información, que el 75 por ciento de la nómina estaba integrada por periodistas.

¿Tú caes preso en 1946?

A mi me detienen en Pinar del Río, donde he ido a llevar a un grupo de militares con uniformes y armados, que habían salido del cuartel **Rius Rivera**, para llegar a donde teníamos nuestro cuartel general, en la casa de un médico en la calle 17 del Vedado. Cuando nos enteramos que el golpe había sido denunciado, por el sargento que iba a ser jefe del ejército, el sargento **Cheo Rodríguez**, que es al que yo en el juicio de la capa negra golpeo. Dos veces lo golpié allí en distintos juicios, y a otro policía también, que *El Colorado* se lo llevó a **Grau** para demostrarle que aquello de verdad era una conspiración. Yo no quería que hubiesen muertos, pero sí golpear a algunos cuantos. Me condenaron a tres años pero **Ramón Zaydín**, que iba a verme todos los sábados a La Cabaña, llevó el recurso ante el Supremo. Como tenía mucha jerarquía por haber sido profesor de Derecho y Primer Ministro, hizo que nos reintegraran en libertad bajo fianza. Cumplí nueve meses. Se dio el caso curioso que, un día estando yo en el Consejo de Ministros, había un punto puesto de la amnistía de la conspiración de la capa negra. Pido la palabra y **Batista**, con su voz engolada y una especie de ironía casi sarcástica, dice: “El ministro de la Fe para hacer la apología de la capa negra.” Le dije, “Señor presidente, no se puede hacer la apología de una derrota. Quiero que los señores ministros tengan presentes que yo no he traído este punto aquí.”

¿El recurso de apelación todavía estaba en la corte cuando se produce el 10 de marzo?

Sí. Eso me dio de momento una especie de prestigio singular, como había sido muy pintoresco el juicio de la capa negra.

¿Quiénes eran los otros principales dirigentes de la conspiración contigo?

La conspiración se comienza en Columbia. Nosotros estábamos en una actitud conspirativa pensando que el régimen de Grau era un régimen más peligroso que cualquier otro régimen, porque aparentando una cosa, estaba haciendo otra. Uno de los hombres vinculados a nosotros, **Sergio Méndez**, establece contacto con unas clases, y entonces tenemos una reunión conjunta. Yo convoco para un lugar en un momento dado, y aquello falla, que era una toma de posesión de alcalde en Marianao. El que aspiraba a jefe del ejército empezó a gritar en plena oscuridad que había que fusilar a los que no fueron. Le salí al paso y le dije que se callara la boca, que no había venido a oír estupideces, delante de todos los soldados, y él se quedó desconcertado. Convocamos para el día siguiente y se produjo la reunión mixta. Yo hice un análisis que no podían haber dos mandos, uno militar y otro civil, que se eligiera un mando, y la gente optó por mí, y yo cogí el control de todo. Pero el mismo sargento, después cuando lo trasladan para Camagüey, porque él en Columbia tenía cierto liderazgo entre las clases, parece que se asusta y pide una entrevista al Estado Mayor y allí le dice al general **Cabrera** lo que hay, y empieza a funcionar con él y al mismo tiempo con nosotros. El mismo día que estábamos reunidos, que han venido tropas de Rius Rivera, yo di la orden que nadie saliese de allí. El sargento viene y me dice que tenía una hijita que posiblemente sería la última vez que la vería, y él quería salir, y que no tenía ni dinero. Los últimos \$50 que tenía en los bolsillos se los di a ese hombre. Salió y volvió. Columbia está alerta, cierran los batallones y entonces **Genovevo** con la motorizada, que le era leal, actúa allí y después vino la debacle. **Salabarría** es uno de los hombres, con su perspicacia que tenía, ve una serie de máquinas que se han puesto en la calle Paseo en El Vedado, donde yo le dije a la gente para reunirse y después salir en caravana para **Rius Rivera** en Pinar del Río. Entonces él llega, ve a la gente, y se dio cuenta que era algo raro. No dijo nada, se retiró, y entonces emprendimos. Ya por la radio oficial oí decir, “al cabecilla **Ernesto de la Fe** préndasele vivo o muerto.”

Volviendo a los sucesos del ataque al Moncada, tú posteriormente diste el parte de prensa.

Aquello me sorprendió. Fui al Estado Mayor y allí vi que lamentablemente el viejo **Pancho Tabernilla**, que era jefe del ejército, estaba desconcertado, no tenía una información clara. Entonces me comuniqué con una persona amiga que me dice: “aquí hay un hecho que me ha asqueado, aquí a detenidos se les ha ejecutado.”

¿La persona que te lo dice es un oficial en el Moncada?

No, es civil.

Después Fidel dijo que Batista mandó al general Martín Díaz Tamayo con la orden que matara a diez presos por cada soldado que había muerto.

Yo eso no lo sé, pero estudié a **Batista** el tiempo que estuve en el gobierno, me atrevería a asegurar que esa orden jamás saldría de la boca de Batista. Tengo entendido que el general **Díaz Tamayo** actuó tan bien allí que cuando él cae preso el 5, 6 o 7 de enero, lo vi entrar en la galera 14. Se sentó al lado de mi colombina y le dije que se pusiera cómodo. “No, dentro de un rato yo me voy, porque he tenido la suerte al entrar, de tropezar con una hermana de Fidel y su mamá, y ellas se han indignado de ver que yo estoy preso.” Al poco rato llegaron a buscarlo, salió, y lo mandaron para su casa. No llegó a una hora.

¿Tu renuncia fue en el año 1954?

Dos años y meses después de ser ministro. Yo vi que el 10 de marzo cogía un camino muy distinto al que debía tener. **Batista** estaba obsesionado con ser un presidente con la voluntad

popular, y todo eso fue entendido por la masa y por los enemigos sobre todo, como una debilidad de él. Le mandé un informe confidencial diciéndole que si no se actuaba adecuadamente iba a haber sangre en las calles. Era la etapa en que estaba entreteniéndome a la opinión pública con el ciudadano ilustre que iba a ser presidente para sustituir a Batista mientras fuera a las elecciones, que era **Andrés Domingo Morales**. Entonces es cuando me voy a la radio y empiezo a decir horrores, en una actitud que no era la propia de un ministro. Batista me ofrecía salidas muy favorables, por ejemplo, embajador en Italia con una entrada extra de \$6,000, que era mucho más de lo que yo podía recibir como ministro, y no lo acepté. Andrés era un hombre inteligente, decente y correcto, pero nunca le di mucha importancia. Le dije que yo había renunciado tres o cuatro veces, y el presidente no me había aceptado la renuncia. “Pero hoy soy yo quien por cuestión de principios, no renuncia. Tienen que botarme.” Terminada la entrevista fui al salón de reporters y les dije lo que había pasado. Para que no hubiera problemas, yo hice la nota en una máquina de los reporteros de palacio, y la publicaron así. Dos días después tuve un problema con un sargento que trató de entrar en mi casa a llevarse una ametralladora que yo tenía de la policía. Le fui a tirar la puerta y él metió el pie. Saqué la 45 y le dije: “tiene medio segundo para irse de aquí.” Llamé a **Orlando Piedra** y le dije lo que había pasado. Después determiné que **Batista** no tuvo que ver con eso, que fue una determinación propia de **Salas Cañizares**. A partir de eso todo fue distinto. Ya yo viví prácticamente aislado.

¿Cuándo te arrestan, el mismo primero de enero?

El día 4. Gente del Che me van a detener a la oficina. Estuve preso 15 años y un mes de regalía.